

MUJER, LENGUAJE Y CULTURA: EL OTRO GOCE

Amalia Rodríguez Monroy

Universidad Pompeu Fabra

*su vanidad no requiere respuesta,
y da la bienvenida a la indiferencia.
(Y yo Tiresias he sufrido por adelantado todo
lo realizado en este mismo diván o cama:
yo que estuve sentado junto a Tebas al pie del muro
y caminé entre los más bajos muertos).*

T. S. Eliot. *The Waste Land* (vv. 241-246)

Antes de dar voz a la singular experiencia de Tiresias, antes de hacer hablar al mito y a la palabra poética sobre el enigma de los sexos y del deseo, quisiera hacerles visible el elemento común que explica la yuxtaposición de tres términos, en apariencia dispares, en el título que abre esta reflexión en torno al deseo femenino. ‘Mujer’, ‘lenguaje’, ‘cultura’, constituyen una serie signifiante. Hay, en efecto, un elemento que es común a estos tres términos. Para el sujeto individual, para el viviente que habla, para el que se dice ‘yo’, representan lo Otro, lo radicalmente ‘Otro’, una exterioridad que da lugar, como veremos, a todas las ambivalencias y paradojas a que se ve confrontado el sujeto al insertarse, ya antes de su nacimiento, en el mundo de las significaciones, es decir, en la cultura. Ésta se muestra así, en su estructura fundamental, como la tensión entre el sujeto y el Otro, o, en términos imaginarios, entre el Yo y el mundo.

Dialéctica marcada por la imposibilidad de lo Uno que la historia de la filosofía ha obviado reduciendo al sujeto a su *razón* y la existencia al *ser*. Los discursos que organizan nuestro ser social, se encargan —es su función— de velar un Real insoportable, un imposible, un vacío, vacío de saber, de sentido. Apoyándome en el pensamiento de Jacques Lacan trataré de mostrar un ámbito que sólo se hace visible como ausencia, como falta, como carencia. ‘Otro escenario’ —inconsciente— en que esa falta adquiere todo su valor signifiante en tanto marca y estructura la vida del sujeto y configura la vida social. En ese orden

simbólico, el Otro, lo inasimilable al Uno, introduce la *diferencia* como presencia de un Otro irreducible al Uno. Una lógica en que *ser* y *tener* vienen a confundirse. Una lógica que permite al goce —inconsciente— negar la evidencia, lo real de la diferencia. En el centro de esa exclusión está la mujer, su lugar Otro, su goce Otro.

El Otro femenino o el malentendido entre los sexos: *no hay relación sexual*

Sostener, como haremos aquí, que la mujer es *el Otro sexo*, que *La/ Mujer no existe*, que *no hay relación sexual*, suena, cuando menos, extraño y políticamente incorrecto. Tan extraño como hablar del Otro en el discurso ‘autista’ de hoy. Pero es urgente romper esa pulsión homogenizadora a que nos conduce el pragmatismo de la ciencia. Y es fundamental darse cuenta de que en el rechazo del Otro, en la negación de lo simbólico está en juego la negación de lo femenino, de la mujer como Otro de la significación.

Cambiar de discurso es cambiar de razón, decía Lacan. El efecto que el giro de su pensamiento produce permite salir del discurso amo en que la **utopía**, el ideal del Uno, nos encierra, para sostenernos en una **atopía** menos engañosa, la atopía en la que el sujeto hablante *existe* y su íntima —y *ex-tima*— relación con la sexualidad es fuente de profundo malestar.

Desde que, al abrírnos al mundo del Otro, advierte el *infans* que el cuerpo del otro, de su semejante, no es igual que el suyo, nos vemos arrojados al mundo de la diferencia, a la experiencia de que *algo* falta o puede faltar. Sobre este dilema central todos estamos destinados a construir una *teoría sexual*, una lógica que permita dar forma y función a nuestro ser en relación al ser del otro. Y la pregunta por el ser, como muestra Lacan, pasa por el cuerpo (ver “El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia analítica” [1949] en 1989). Enigma fundamental por lo que lo más esencial, lo que verdaderamente estructura nuestra vida anímica, permanece oculto en el ámbito de lo no-dicho, espacio en que reina el inconsciente, el Uno. En la historia de las civilizaciones, la compulsión a sortear la diferencia, a ‘hacer de dos uno’ domina de tal modo la relación de los sexos que se convierte en objetivo por encima del reproductor y termina por conseguir, con la connivencia actual de ciertos feminismos, que haya un solo sexo.

Es sobre la base de este profundo *malentendido* que es obligado abordar la cuestión de la mujer. Si algo queremos saber del Otro hemos de empezar por una reflexión sobre la mujer, que históricamente ha encarnado la ‘otredad’ radical. La aportación del psicoanálisis lacaniano nos permite salir del discurso amo, que solo sabe del Uno. Lacan —y esa es la diferencia— comienza por situar el verdadero punto oscuro de la significación en torno a un problema bastante familiar: “¿qué quiere una mujer?”¹, ¿cómo goza una mujer?. Cuál es el goce de la mujer, sería el enigma desde los mitos griegos. Diríase que el psicoanálisis es el esfuerzo, que Lacan asume en todo su riesgo, por responder de *otro* modo a lo que es, en

¹ Leer en esa clave todas las ponencias de este encuentro podría resultar muy sugerente.

verdad, el deseo. Diríase también que todo gran texto de cultura, todo texto maestro, aquel que no agota nunca su lectura, aborda la querella eterna que separa a los sexos. Toma distintas formas en los monumentos de la historia humana. Razón nada secundaria para continuar leyéndolos. Sólo si interpretamos en ellos la constelación que sitúa al sujeto entre el lenguaje (los valores *dados*, la cultura) y su palabra viva, es posible localizar los circuitos del deseo.

El objeto de su deseo está siempre perdido para el ser que habla. Por eso nos movemos en el plano de la metáfora, de la sustitución. La propia fragilidad, nuestra dependencia del deseo del Otro, nos somete a identificaciones imaginarias, las relativas a la imagen narcisista del propio cuerpo. Identificaciones que han de ser validadas, además, por el reconocimiento de los otros. Fuente secreta de nuestras inmensas servidumbres, el *orden imaginario* nos sujeta a ciertos significantes-amo presentes en el discurso. Tenemos ahí la otra dimensión en que la cuestión de la mujer ha de dilucidarse. En ese sentido, la cultura es todo un repertorio de significantes-amo que actúan a modo de ley en la vida subjetiva. Y la Ley, ya antes de llegar al mundo, nos asigna a un lado u otro de la barrera sexual.

Situar el fructífero proyecto ético que entraña la argumentación lacaniana supone reconocer que el discurso siempre representa los intereses del sujeto, que su verdad está vinculada a su objeto —*objeto causa del deseo*, lo llama Lacan— y que todo esencialismo es una estrategia ideológica encaminada a ocultar esa verdad, una verdad relativa al modo de goce del sujeto en tanto singularidad.

Se hace entonces necesario reconocer los intereses que en la cultura representan hoy ciertos significantes-amo. Modo de lectura que nos acerca a lo no-dicho, a ese saber oculto que a nadie, por otra parte, se le sustrae, eso sí, desde el silencio o desde la angustia. Fórmulas que representan un tramo de hilo lógico del que, a mi entender, es importante adueñarse si hemos de contribuir en algo a explicar un malestar que afecta hoy muy seriamente a la convivencia entre los sexos, es decir, a lo que subyace siempre en nuestras relaciones con el Otro. Cuestión ética por excelencia. Como Lacan ya advertía en los años sesenta hay goce en exceso. Y a más goce, menos deseo, en la homeostasis del sujeto. Dar vida a estos conceptos, a la oposición ‘deseo / goce’ que atañe a nuestro ser subjetivo, requiere este rodeo por el Otro.

Todo en la cultura remite, además de a la agresividad humana (Lacan, “El estadio del espejo”), a la pregunta por la diferencia hombre-mujer. Se nos presenta, desde el psicoanálisis, como el síntoma central de la cultura. Síntoma que exige una interpretación. Y una **lectura del síntoma** es el modo que aquí propongo de responder a la necesidad de leer sus manifestaciones en la cultura, que no son otras que los modos en que cada sujeto, y cada comunidad cultural goza —usufructa y padece— de su inconsciente. Es decir cómo vehicula ese goce a través del lenguaje. El síntoma es fundamentalmente social y la subjetividad es articulada al mismo tiempo que articula el lazo social. Estamos, una vez más, en la dialéctica del sujeto y el Otro. Cada momento histórico se configura en ese movimiento a través del discurso. Lacan en el seminal texto sobre el discurso del amo, titulado *El reverso del psicoanálisis* (1969-1970 en 1992), sitúa el discurso en su función de creador de *las formas*

de vínculo social que distinguen cada época. Ese poder vinculante está en relación a un *significante amo* colocado en la posición de agente del discurso.

Leer el síntoma de la cultura supone ir un poco más allá de la posición de protesta que ocupó mi —ya entonces poco ortodoxo— ‘feminismo’ juvenil. Descubrí, por ejemplo, el peligro de ideales que se hallan demasiado cercanos al *significante* que en cada momento se erige en amo. El que siempre es conveniente cuestionar, dialectizar, para movilizar el sentido —que tiende a anquilosarse.

Y el *significante amo* es el que nos fascina, nos detiene, detiene la cadena de la significación. Nos hace gozar. Nos instala en la repetición y en sus efectos mortíferos. Salirse de la lógica proposicional del *discurso amo* permite comprobar su carácter tautológico. En esa dirección, el discurso analítico se especifica, se distingue por plantear la pregunta de para qué sirve una forma de saber que rechaza y excluye la dinámica de la verdad. Sirve, Lacan nos aclara, “para reprimir lo que habita en el saber mítico” (1992:94). Pero al mismo tiempo, al excluir a este último ya no puede conocer nada, salvo en la forma de lo que encontramos bajo las especies del inconsciente, es decir, como ruinas de dicho saber, bajo la forma de un saber disjunto.

Los síntomas de nuestro tiempo señalan con la misma insistencia al carácter central que la diferencia sexual tiene en la cultura. No olvidemos que ésta es efecto de un pacto inicial, el pacto simbólico, cuyo fin no es otro que concertar los modos de intercambio de las mujeres. ¿No se tocan aquí dos extremos? El poder masculino definido en su función de goce, de usufructo de la mujer. Mil capas de historia se encargan de disimular ese real. La ciencia le ha dado nuevas formas: anticonceptivos, inseminación artificial... Curiosa paradoja, abordar el síntoma anulándolo: “*pasemos de la relación sexual, que la ciencia nos allane el camino,*” parece escucharse en muchos ámbitos. Libertad e independencia para las mujeres es una contribución que, en efecto, debemos a la ciencia. Lo que sería ilusorio es pensar que de esa libertad pueda derivarse una solución al entendimiento entre hombres y mujeres. El malentendido continúa. Está en la estructura y en la lógica del discurso, en su capacidad para otorgar al Otro un lugar. Por eso diría que se agudiza el síntoma en la medida misma en que el borramiento del Otro se intensifica de modo alarmante en la cultura global.

Si el goce es siempre autista, sin Otro, ¿no es lo más propio de los discursos de hoy sostenerse en ese borramiento del Otro, de lo simbólico, de la palabra, del deseo en tanto involucra al Otro? El psicoanálisis lleva cien años escuchando en la intimidad del dispositivo analítico la verdad secreta de las mujeres. Fueron ellas precisamente, Anna O., Dora, y tantas otras, quienes pusieron a Freud sobre la pista de una palabra que era necesario *interpretar*, de un discurso cuyas lagunas e *impasses* hacían pensar en lo que ahí se oculta, sentido cuya complejidad revela al médico vienés que el verdadero sentido del ser, las raíces de la significación, tienen lugar en un escenario oculto en el que todo responde a otro sentido; sentido a descifrar. Sentido que es sexual. Y Freud deja hablar a la mujer. Con el discurso de la mujer surge el psicoanálisis. Y detecta que el Otro, la cultura, lleva el peso del enigma de los sexos. Lacan va más lejos y plantea nuevas vías de comprensión de la sexuación.

El discurso de la ciencia o lo imposible del deseo en el reino de la in-diferencia

Significante ambiguo, paradójico, aunque tendemos a apropiarnos de él sólo por su valor de prestigio, de amo. La cultura no es, parece evidente, un bien de consumo, como nos hace creer el capitalismo, aunque en su nombre se intercambian objetos, se pone en funcionamiento todo el mecanismo productivo que configura la vida social. No es tampoco la cultura un catálogo de saberes, sino un pavoroso catálogo de exclusiones, espacio exterior al que arrojamus cuanto ‘no queremos saber’; y lo hacemos sin saber que lo reprimido siempre retorna bajo el rostro de lo peor. Doloroso y largo camino el de la cultura, plagado de carencias, de malentendidos, en que el Otro encuentra difícilmente un lugar.

La pérdida, antes que la presencia, es así el verdadero origen de toda nominación y podemos definir también la civilización como un modo de manejar la pérdida que el lenguaje instaura. ¿No hemos de leer en ese registro el mito edénico? La inocencia que Adán y Eva *pierden* les sitúa en el modo de hacer presente lo ausente en que nos sostenemos en el mundo. Ese objeto perdido que no podemos dejar de perseguir, pues es el que *causa* nuestro deseo, es lo que el lenguaje circunda. Hay, pues, civilización allí donde hay seres parlantes, puesto que solo el lenguaje permite que, en la realidad, se determine la parte perdida.

La cultura es un fenómeno paradójico, en efecto. Permite la supervivencia haciendo de nuestra fragilidad nuestra fortaleza: conjura el miedo, ordena el goce, otorga una ley que rige los linajes, las formas del intercambio sexual. Un tesoro de significantes que delimita la frontera, el espacio, siempre siniestro —temible— donde reina el Otro. Es patente la fragilidad de tan artificiosa red. Civilizarse, reprimir el instinto, tiene un alto coste para el sujeto, nos advierte Freud. La historia da testimonio del precio a pagar; del valor de deuda que da consistencia al orden simbólico —al tiempo que produce un resto de goce resistente a toda significación. Lo irreductible de los goces, la ausencia de una medida que dé cuenta de la *relación (proporción) sexual* —vuelvo a la fórmula lacaniana— es el más allá del sentido, el límite imposible. Ese Real —para Lacan lo imposible de soportar, lo irreductible al lenguaje— nos enfrenta a la pulsión de muerte, al goce que es goce de lo *indiferenciado*, goce de lo Uno.

La palabra, en su dimensión intersubjetiva, en tanto requiere el reconocimiento del Otro, permite la transformación de esa pulsión mortífera en deseo, en amor capaz de hacer existir al Otro. Y el estado actual de la cultura en nada contribuye a que nos orientemos en ese campo de la palabra. La palabra y el lenguaje —tomados hoy como mero ‘instrumento’— carecen ya de toda dignidad. En el reino de la ‘información’ y de la ‘comunicación’ nada se conserva de las virtudes más elementales del verbo, las de constituir un espacio de diferencia y alteridad en el que alojar nuestro ser. Todo busca la uniformización de las prácticas y de los discursos según los imperativos de la ciencia, de la técnica. El efecto es doble: reforzar todos los poderes que se arman con ellas, y en la misma operación, debilitar la posibilidad del sujeto de reconocerse en su ser. Reconocimiento que sólo es posible en la medida en que puede reconocer las *diferencias*.

El resultado: pseudocomunicación, parodia de las diferencias y apariencia de sexo, donde lo que verdaderamente se instala —lo Real— es la angustia y la soledad generalizadas. Formidable movimiento de avasallamiento de la palabra y del lenguaje, en el imperio de la etiqueta *prêt-à-porter*. Ese es el camino por el que el “mundo moderno” transita. Su *mito*, el del lenguaje universal de la ciencia, ocupa el lugar de nuevo evangelio; lo que no parecemos percibir es su carácter peligrosamente integrista (Leclaire 1994:92). En el resplandor del *gadget* tecnológico, el sujeto científico, navega a ciegas, dispuesto a identificarse con cualquier artilugio —con cualquier significante— que el amo capitalista le proponga. Es el imperio de lo imaginario. El reino de la indiferencia más compulsiva.

No puede pues sorprendernos que el síntoma de hoy sea el de las identidades. Efecto imaginario; engañosa idea la de que para el sujeto hablante pueda haber una ‘identidad’. Sólo en el mundo animal, que se mueve únicamente en el registro imaginario, hay identidades fijas. Lacan nos remite con humor al *wagging dance* de las abejas. A sus sistemas perfectamente codificados de cortejo. Para los hablantes las cosas son un poco más complicadas, más inestables, pues al efecto imaginario se une el efecto significante, el orden simbólico. El que nos sustrae de esa dualidad (rivalidad) imaginaria para incluirnos en un *universo*.

El salto a la dimensión simbólica, a la dimensión del Otro, requiere un mínimo de tres elementos y es en ese registro que hemos de abordar nuestro tema. Cosa nada sencilla en una cultura dispuesta a creer a pies juntillas que el lenguaje es *transparente* y diáfano: *una rosa, es una rosa, es una rosa*, en la ironía de Gertrude Stein. El primer caído en tan enjundiosa ‘causa’ es el ‘otro’, nuestro semejante, pues darle su lugar implica un más allá, un tercero, un Otro de la palabra que pueda ser garante de su valor. Por eso no podemos obviar preguntarnos qué otorga ‘autoridad’ a un discurso, más allá del imaginario ‘efecto amo’.

De esa lógica —y de ese valor de autoridad— poco podemos saber si no atendemos a lo simbólico en juego, al ‘Otro escenario’, en palabras de Freud. Sólo si damos su lugar al inconsciente se torna legible el registro simbólico. Lo rechazado por historiadores y filósofos, lo que la ciencia excluye, es lo que el psicoanálisis dilucida en su valor de ley—Ley, escribe Lacan. Se trata de reconocer, de la mano del arte y de la literatura, la fuerza de lo mítico. El peso de la cultura en tanto es el discurso —enigmático, incompleto— del Otro, en la configuración misma de nuestro ser singular. ¿Cómo dar cuenta de lo que en la cultura hay de herencia, de presencia, visible o no, del pasado, un pasado que encierra la ‘razón de ser’ de cada sujeto singular y la razón de ser de un cuerpo social?

El giro lacaniano sitúa con extraordinaria claridad esa función de ley, de pacto simbólico (sumbolon en griego significa ‘pacto’, ‘acuerdo’) y nos invita —a quienes somos trabajadores de lo simbólico, de la palabra— a abordarla en sus complejidades, es decir, desde un lugar ‘otro’ al de la ciencia (Lacan 1958 en 1989). Desde esa posición se advierte que el isomorfismo entre lo simbólico y lo real en que el discurso científico se fundamenta es una ilusión, un velo que oculta tiránicamente la verdad de la subjetividad humana. El deseo del Otro nos habita. Eso produce angustia. Nos sume en el malentendido, en la ambivalencia, la indeterminación, el no-saber. Angustia, de nuevo. Temor.